

La suprema razón

A la inspirada autora de «Los poemas modernos», y gentilísima dibujadora, Jesusa Alfau.

J. P. DE McGRIGOR

En el cenador de un extenso jardín, poblado de arbustos, en plena florescencia al hálito germinador del estío, de un vetusto palacio solariego, situado en una ciudad europea, se hallaba una amorosa pareja.

Ella: hija única de un Duque de antigua estirpe, imbuido de prejuicios.

El novio: Capitán de un regimiento de caballería, y de familia burguesa.

Una brisa cálida y fuerte deshojaba las flores, llevando una racha de pétalos al interior del cenador. El sol poniente doraba la arboleda, cenador y enamorados, con un matiz de oro viejo.

Una impresión de paz emergía de aquel sitio, pugnan-do con el manifiesto pesar de ambos jóvenes, y en disonancia con el bélico y lejano toque de corneta, que, a ratos, rompía la dulcedumbre del silencioso jardín...

El Capitán, sentado junto a su amada, mirábala con melancólico embeleso; ella sonreíale con un resplandor de llanto en los ojos... Callaban, embebidos en la mutua contemplación de un momento triste.

Un sonoro y prolongado toque de corneta vibró en el espacio, repercutiendo dolorosamente en los oídos de la Duquesita.

--¡Oh! Esa corneta... cómo me hace sufrir—exclamó.

El la estrechó contra su pecho, diciéndole con acento animador:

--¡Te quiero valerosa!... No reniegues del sonido del instrumento que nos llama a combatir por nuestra bandera. Muéstrate ferviente patriota en esta hora de angustia nacional... ¡Aliéntame con una confiada sonrisa a cumplir con mi deber de soldado!

--¿Cómo podré estar tranquila marchándote mañana a la línea de fuego?—arguyó ella.

El oficial acarició sus manos, diciéndole emocionado: —Esta partida a mi también me lacera el alma; no obstante, quisiera estar ya peleando por mi patria... Necesito cubrir de gloria mi nombre en el campo de batalla; acaso entonces me perdone tu padre mi origen plebeyo, concediéndome tu mano.

--¡Pero vas a una guerra mortal... tengo miedo... si murieras!...

Moriría satisfecho, dando mi vida por la Patria; y lo único que aminoraría ese contento, sería el pesar de no haber podido hacerte mía.

Ella nada respondió, pero se quedó pensativa...

La campana de una iglesia próxima, dió el angelus.

El se levantó.

--¿Ya?—dijo la Duquesita, con lágrimas en la voz.

--¡Sí!--respondió él en tono conmovido. Es tarde, y aun tengo que disponer mi equipaje de campaña. Además, podría ocurrirsele a tu padre venir a buscarte, y no quiero que me sorprenda aquí. ¡Adiós, amor! La abrazó y la besó largamente con besos de pasión y de congoja.

Ella se apretó a su pecho, sollozando doliente y quedo.

--No es así como hubiera querido dejarte, sino animosa, y teniendo fe en mi suerte de soldado.

La joven alzó la cabeza y le dijo con bravo arranque:

--¡Te prometo que haré por ser tan valiente como las mujeres que han espiritualizado la fisonomía de esta guerra despiadada, prestándole a la epopeya un conmovedor ideal de alma femenina!

El Capitán la contempló con admiración; luego, besándola nerviosamente, abandonó aquel sitio.

Esa noche, obligada la Duquesita a cenar en compañía de su padre, hubo de hacer un esfuerzo para aparecer serena; mas, el Duque la observaba escrutadoramente.